

de administración é historia; ni un sermón, ni un tratado moral, ni un escrito teológico. Aficionado inteligente de las cosas de arte, coleccionista de objetos preciosos, apreciaba la belleza de las formas y decoraba su iglesia con todo lo que puede herir la imaginación por los sentidos. Entre los San Bernardo, los Bruno, los Roberto de Arbrisel y Esteban de Muret, esos grandes monjes que sentían el desprecio de la materia y trataban al hombre como todo espíritu, Suger aparece excepcional. Se coloca tan lejos como puede de las escuelas monásticas de Claraval y la Cartuja, en que el religioso, entregado á la vida salvaje, maldice la civilización y desnuda sus iglesias. En el corazón del período reformista representa la moderación del espíritu religioso, la conciliación del espíritu y el cuerpo, el gusto de lo que es natural y humano.

Por lo demás, vivió siempre con simplicidad y con prudencia. En 1128, cediendo en esto, como todos, al espíritu de reforma, sometió su abadía á una regla más severa y disminuyó el boato de los abades de Saint-Denis. Era muy sobrio, «usando de una nutrición ni grosera, ni refinada; comiendo carne cuando le obligaban á ello sus achaques, bebiendo agua mezclada ó agua clara, y durmiendo en una celda estrecha, sobre un lecho de paja recubierto de una cubierta de lana.» Llenó sin exagerar sus deberes religiosos, edificando, sin embargo, á cuantos le rodeaban. San Bernardo, de quien era por muchas razones la antítesis viviente, le ha hecho justicia. «Si existe en nuestra Iglesia de Francia un vaso de honor, escribe al papa Eugenio III, y en la corte del príncipe un servidor fiel, como David, es, á juicio mío, el venerable abad de Saint-Denis. Lo conozco á fondo y sé que es fiel y prudente en las cosas temporales, ferviente y humilde en las eternas. Mezclado con unos y con otros, permanece—lo que es infinitamente más meritorio—al abrigo de toda acusación.» Tal era el hombre á quien Luis VII, partiendo para un viaje cuya duración no podía preverse, había encomendado el gobierno de su Estado.

Tarea en verdad difícil. Poco tiempo hacía que sublevaciones feudales habían trastornado el reino. Con baronías que no se tranquilizaban jamás, ¿podía conjeturarse lo que sería de Francia abandonada por un rey que no tenía herencia masculina?

No solamente había recibido Suger la investidura de regente. Lo eran con él el más alto dignatario de la Iglesia francesa, el arzobispo de Reims, Sansón Mauvoisin, y un alto barón, pariente de Luis VII, el senescal de Francia, Raúl I, conde de Vermandois. Finalmente, con título oficioso, San Bernardo y el papa Eugenio velaban, desde Claraval el uno y el otro desde Roma, por los intereses generales del reino. Pero de entre estos auxiliares los unos estaban demasiado lejos ó demasiado elevados y los otros más atentos á sus riesgos particulares que á los de la cosa pública. El jefe efectivo del gobierno interino fué el abad de Saint-Denis.

La principal dificultad era encontrar los recursos necesarios para subvenir á los estipendios del rey en Oriente. En 1146 Luis VII hizo pesar sobre sus súbditos, sobre todo sobre los obispos y abades de su dependencia, una imposición extraordinaria que descontentó al clero y á los habitantes de tierras de la Iglesia. Quejábanse los prelados de miseria y se negaban á pagar, ó

por lo menos pedían demora sobre demora. Los prebostes del rey vieron obligados á tomar medidas de rigor contra los recalitantes. Un cronista asegura que Luis VII partió «en medio de las imprecaciones populares;» otro que la expedición no podía tener éxito, ya que tenía como punto de partida «la opresión de los pobres y la expoliación de las iglesias.»

Suger empleó cerca de tres años en recoger las sumas exigidas ó prometidas. Todas las cartas que Luis VII le dirigía desde Bulgaria, Constantinopla ó el Asia Menor, terminaban con peticiones de dinero. El rey se ve mientras tanto obligado á establecer empréstitos con los barones que le acompañan, y sobre todo con los templarios, banqueros de los señores feudales y de los reyes. Pero como el Temple no abriera créditos ilimitados, Luis VII insiste con su ministro para que se le satisfaga. Suger encontró el medio de hacer frente á los estipendios de Francia y á los de Oriente usando, en realidad, del tesoro de Saint-Denis y de su fortuna particular. Mantiene, sin embargo, los castillos reales, las torres y los muros de las villas del dominio. Paga el sueldo de los caballeros que forman el cuadro de la guardia real. Y para no romper con el hábito de suntuosidad adquirido por el rey joven, «tiene espléndideces, dice su biógrafo, con las personas á las que el rey tenía costumbre de regalar con trajes ó dinero.»

En 1149, la situación financiera, que habría podido ser desastrosa con otro administrador, estaba casi despejada. Suger pudo escribir á Luis, que no se decidía á abandonar Jerusalén: «Hemos remitido á los 1149 templarios, según órdenes vuestras, el dinero que nos disponíamos á enviaros. Igualmente hemos pagado al conde Raúl las tres mil libras que os tenía prestadas. Vuestras ganancias judiciarias, vuestras *tallas* (1), vuestros vasallajes feudales y los productos naturales de vuestros dominios se os reservan para cuando volváis. Gracias á nuestros cuidados, vuestras casas y vuestros palacios están en buen estado; los que se arruinaban han sido reparados.» Y añade: «Vuestra tierra y vuestros hombres gracias á Dios, gozan de una buena paz.» Había logrado en efecto, pero no sin dificultad, mantener el orden.

La oposición con que principalmente tuvo que luchar fué la del clero. Los prelados, y en particular los arzobispos, no perdonaban á Suger la alta posición que había conquistado y encontraban humillante aceptar órdenes de un simple abad. Le fué también necesario resistir á las exigencias de ciertos amigos ó cortesanos de Luis VII. Uno de los más inquietos, el ex canciller Cadurc, aquel clérigo intrigante que había convertido en brasas la Francia entera, cuando las luchas de su candidatura á la Sede de Bourges contra Pedro de la Chatre, contábase entre el número de los acreedores de Luis VII. Hízose enviar al ducado de Aquitania, so pretexto de recuperar en él el importe de la deuda y desolló el país desvergonzadamente. Godofredo de Rancón el caballero potevino, cuya temeridad fué causa del desastre de Laodicea, volviendo de la cruzada, pretendía que Luis VII, á quien también había prestado dinero, le había dado plenos poderes sobre el ducado.

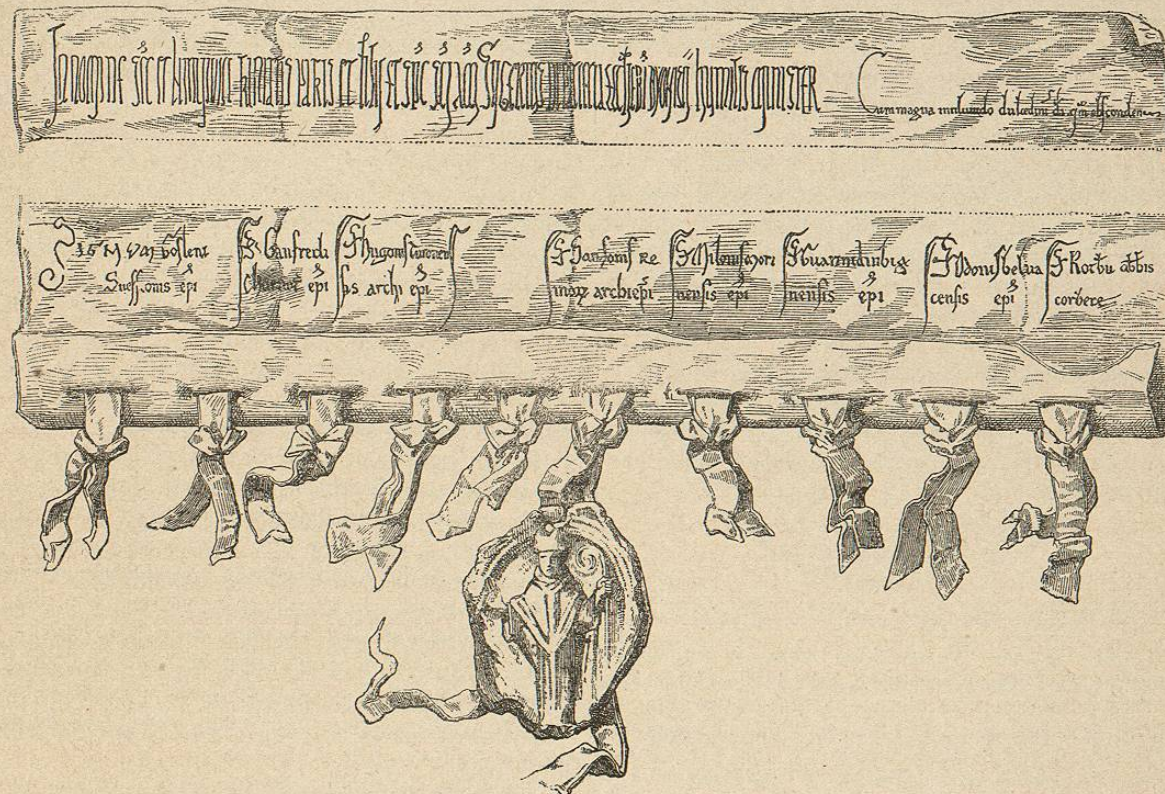
(1) *Tallas (Tailles)*. Impuesto que en aquellos tiempos pesaba sobre los pecheros. (N. del T.)

Aquitania, combatida entre dos influencias contrarias, apenas si prestaba atención á los prebostes que Suger enviaba.

Aconteció algo más grave todavía. Raúl de Vermandois, uno de los co-regentes, dió el escándalo de una guerra privada con el conde de Clermont, intrigó con Cadurc y trató de hacer reconocer su autoridad en las plazas fuertes del rey. Bourges se hizo el foco de esta resistencia. Fué necesario que Suger pusiera á Raúl en

papa á aquellos que han tomado parte en el complot. El hermano del rey se resigna á cantar la palinodia. Finalmente llega Luis VII. Había pedido á su ministro que saliera á su encuentro el primero para hablarle en secreto. Desde entonces se ha salvado. «Desde este momento, añade el monje, Guillermo, el príncipe y el pueblo otorgaron á Suger el sobrenombre de *padre de la patria*.»

El abad de Saint-Denis no había tenido necesidad de



Facsimile de algunos fragmentos del testamento de Suger. (Archivos Nacionales de Francia.)

la moratoria de hacerle entregar la torre que Cadurc y los prebostes de la ciudad pretendían guardar en nombre del senescal.

En la primavera de 1149 recibióse la noticia de la vuelta á Francia del hermano del rey Roberto, conde de Dreux. Había reñido con el rey en Siria y lo había abandonado bruscamente. Al poner sus pies en tierra francesa, se hizo entre las filas de la nobleza y del mismo clero un movimiento que tendía á substituirle por el rey legítimo. Cadurc, Raúl de Vermandois, Rotrou, conde de Perche, todos los que envidiaban á Suger ó estaban descontentos de su administración, se juntaron como partidarios de Roberto para decidirle á transformarse en pretendiente. En la crítica situación en que Luis VII se encontraba, desacreditado por el fracaso de la cruzada y obstinado en no moverse de Oriente, el asunto podía ser peligroso. Entonces es cuando Suger, seriamente inquieto, conjura al rey á que regrese. «Los perturbadores del reino han vuelto, escribe, y vos que debierais estar aquí para defenderlo, permanecéis como extrañado en el destierro; habéis entregado el rebaño á los lobos y el Estado á los ladrones.» Al mismo tiempo convoca una asamblea general de prelados y barones y hace amenazas con la excomunión por el

derramar una sola gota de sangre. El poder y el dominio de su príncipe no habían sufrido ningún ataque grave. Tan desacostumbrado hecho prueba que los feudales de aquel tiempo habían querido observar la ley religiosa que ordenaba respetar los bienes de los cruzados. Prueba igualmente hasta qué punto había llegado á hacerse sólido el edificio de la Monarquía y arraigado la dinastía de los Capetos; pero prueba, sobre todo, que, en ausencia del rey, Suger había desempeñado con acierto la regencia.

Sin embargo, el lamentable fracaso de la cruzada dejaba una mancha sobre la casa real de Francia, y Suger no había dejado de pensar en ello. El hombre del rey había desaprobado la partida de su señor; pero el hombre de Iglesia no renunciaba á la esperanza de libertar la Tierra Santa. Había concebido un nuevo plan político: aliar la Francia al rey de Sicilia Roger II, reconciliar á este último con el emperador Conrado, romper con el imperio griego y servirse de la escuadra siciliana para marchar directamente á libertar Antioquía y á la reconquista de Siria. Una asamblea general de clérigos y señores laicos fué convocada en Chartres 1150 en 7 de mayo de 1150. Pero ni los barones ni los obispos especialmente se preocupaban de reorganizar la ex-

pedición. El papa Eugenio III temía la preponderancia que el proyecto de cruzada concedía á los normandos de Italia. El emperador se negó á sacrificar al rey de Sicilia su alianza con Manuel Comneno. San Bernardo sostuvo al abad de Saint-Denis, pero había salido tan malparado de su propia cruzada, que no logró vencer la indiferencia y tibieza generales.

Suger, reducido á no contar con nadie más que consigo mismo, anunció el proyecto de verificar la cruzada á riesgo suyo y bajo su dirección personal; alistó algunos millares de hombres, envió fondos á Jerusalén, y se preparaba á salir de Francia cuando Dios se sirvió llamar á aquel anciano de setenta años á la peregrinación suprema, aquella de que no debía regresar (13 de enero de 1151).

«Es un hecho probado que, desde que el abad de Saint-Denis fué llamado á consejo del príncipe hasta el momento en que dejó de vivir, el reino gozó de una prosperidad continua, extendió ampliamente y útilmente sus límites, triunfó de sus enemigos y alcanzó un alto grado de esplendor. Pero apenas fué borrado este hombre del número de los mortales, se resintió la Francia gravemente. Así la vemos hoy, por faltarla un tal consejero, despojada de su ducado de Aquitania, una de sus provincias más importantes.» La historia puede responder de este juicio pronunciado por el biógrafo de Suger.

CAPITULO II

LA PRIMERA LUCHA DE CAPETOS Y PLANTAGENETS

I. El divorcio de Luis VII y de Alienor. Formación del imperio angevino. Las primeras conquistas de Enrique II. — II. Luis VII y Federico Barbarroja. El incidente de Saint-Jean-de-Losne. — III. El papa Alejandro III en Francia. Enrique Plantagenet. — IV. La cuestión de Tomas Becket. — V. Luis VII y la extensión del poder moral de la realeza. — VI. La guerra de 1173 y los últimos años de Luis VII. — VII. El gobierno de Luis VII.

1.—*El divorcio de Luis VII y de Alienor. Formación del imperio angevino. La primeras conquistas de Enrique II (1).*

A la muerte de Suger se suceden una á otra las desgracias sobre Luis VII: la realeza retrocede largos años en prosperidad; su patrimonio vuelve á contar los mismos límites que contaba el de Felipe I: el porvenir parece comprometerse.

El repudiar á la reina Alienor fué una de las mayores faltas, cometidas, es cierto, en época en que los soberanos no sabían todavía sacrificar sus conveniencias particulares á la razón de Estado.

«En 1152, cuenta un fraile de Saint-Germain des Prés, algunos parientes del rey se avistaron con él para decirle que existía entre él y la reina un grado de con-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Guerrier, *Le divorce de Louis VII et d'Eléonore d'Aquitaine*, en las «Mémoires de la Société d'Agriculture, Lettres et Arts d'Orléans», tomo XXIII, 1882. Vacandard, *Le divorce de Louis VII*, en la «Revue des Questions historiques», tomo XLVII. Elie Berger, *La formule «rex Francorum et dux Aquitanorum» dans les actes de Louis VII*, en la «Bibliothèque de l'École des Chartes», tomo XLIV, 1884. Tamizey de Larroque, *Observations sur l'histoire d'Eléonore d'Aquitaine*, en la «Revue d'Aquitaine», 1864. Kate Norgate, *England under the angevin Kings*, 1887, tomo I.

sanguinidad y le prometieron afirmarlo con juramento; lo que sabido del rey, no quiso conservar por más tiempo á su esposa contra lo ordenado por la ley canónica. A causa de esto, Hugo, arzobispo de Sens, llamó á su presencia á los dos esposos en el castillo de Beaugenci, donde se reunieron el viernes antes del domingo de Ramos (24 de marzo). Encontrábase además 1152 en él Sansón, arzobispo de Reims; Hugo, arzobispo de Ruán, el arzobispo de Burdeos, algunos de los sufragantes y buen golpe de príncipes y barones del reino. Cuando estuvieron reunidos, los parientes del rey pronunciaron el juramento prometido. Y así fué disuelto entre ellos el nudo del matrimonio. Después de lo cual Alienor volvióse prontamente á sus tierras de Aquitania.»

Este relato oficioso nos indica lo que el gobierno real quería hacer saber ó dejar creer á la opinión. Pero evidentemente la escena de Beaugenci no fué más que una manifestación pública de una resolución tomada de antemano, sobre la que los dos interesados se habían puesto de acuerdo. La razón de consanguinidad, en la que ya ciertos historiadores del tiempo no veían más que un pretexto (2), no basta para justificar una decisión semejante, porque la ley canónica fué interpretada en esta circunstancia más rigurosamente que de costumbre. Si la meticulosa devoción de Luis VII pudo inquietarse por un lejano parentesco, denunciado desde hacia tiempo ya por algunos rigoristas, la religión estaba en este caso de acuerdo con otro móvil más interesado. Quiso separarse de Alienor porque juzgaba que su dignidad le impedía mantenerla por más tiempo al lado suyo. La reina tenía, por otra parte, otro inconveniente, del que es curioso no hablen los historiadores de aquel tiempo. Después de doce años de matrimonio no había dado al Capeto todavía el heredero varón que debía asegurar el porvenir de la dinastía.

Habiéndose declarado conforme con el divorcio una reunión imponente de eclesiásticos franceses, San Bernardo, por otra parte, poco amigo de la reina, no podía intervenir y guardó silencio. El papa Eugenio III, no queriendo ó no pudiendo, por razones políticas, violentar la voluntad de Luis VII, cerró los ojos.

Los resultados del divorcio fueron desastrosos. Alienor casó con el joven Enrique Plantagenet, conde de Anjou y duque de Normandía, á los dos meses escasos de la ruptura (mayo de 1152). Luis se obstinó, sin embargo, en conservar sobre sus diplomas y sobre su sello el título de duque de Aquitania. Representaba como tutor á sus hijas María y Alix, y éstas, á pesar del segundo matrimonio de su madre, conservaban sus derechos eventuales sobre el ducado. Además, no admitía la legitimidad de un matrimonio contratado sin el consentimiento del soberano, con violación de la ley feudal. Citó ante su corte al conde de Anjou, y como no se presentara, pronunció la confiscación de sus feudos. Pero ¿qué importaban estas demostraciones judiciales? Sólo la guerra podía desanudar esta crisis.

De hecho, había comenzado poco después del matrimonio de Alienor y Enrique, y duró cerca de dos años.

(2) El cronista Gervasio de Cantorbery no vacila en afirmar que la razón alegada fué poco seria (*imago consanguinitatis*) y que el divorcio fué obtenido por un juramento lleno de artificio (*artificioso juramento*).

La situación del conde de Anjou era comprometida. Los de Aquitania se movían en el Mediodía. Su hermano Godofredo se rebelaba, arrastrando una parte de los angevinos. En Normandía, como en Inglaterra, Enrique estaba siempre en querella con la casa de Blois. Finalmente, Luis VII había formado contra su rival una coalición en la que entraban el nuevo conde de Champaña, Enrique I *el Liberal*; Eustaquio, conde de Boulogne, hijo de Esteban de Blois, y el capeto Roberto, conde de Dreux, enemigos los tres del Plantagenet. Thierry de Alsacia, conde de Flandes, debía un poco después unirse á esa liga. Los aliados habían combinado un plan de ataque y se habían repartido de antemano Anjou, la Normandía y la Aquitania. Si hubiera dirigido la liga un hombre enérgico y pronto, Enrique estaba perdido, la dominación angevina ahogada en germen, y los destinos de Francia marchando por otra vía.

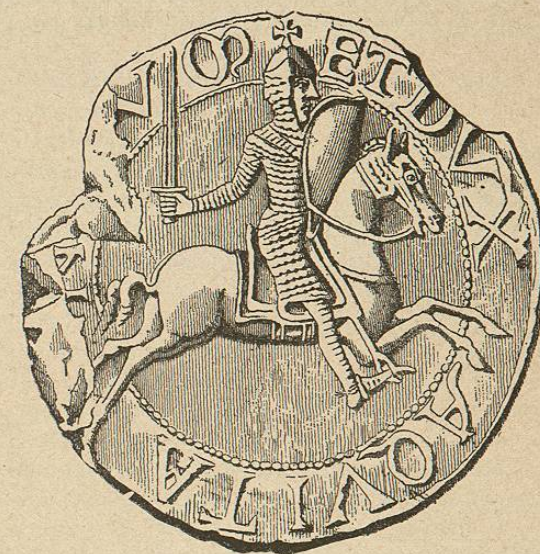
Entonces se pusieron de manifiesto los cambios profundos que se habían operado en Luis VII después de las humillaciones de la cruzada. El rigor de que había dado muestras en tiempos de sus guerras con Inocente II y Thibaut de Champaña ha desaparecido. En vez de poner el pie en el corazón de Normandía y de Anjou para dar su mano á los rebeldes angevinos y á los partidarios de Esteban de Blois, se detiene en el dintel de la Normandía en el Vexin, donde sitia villas fronterizas. Cuando parece acudir Enrique, retrocede y se inmoviliza detrás de Chaumont ó Mantes. Da tiempo al Plantagenet de acudir al castigo de sus barones rebeldes y de restablecer el orden en sus feudos; acuerda luego una tregua de la que Enrique se aprovecha para intentar un golpe de audacia, pasando la Mancha, poniéndose al frente de sus partidarios y atacando á Esteban de Blois que le disputaba la corona inglesa. Durante seis meses Luis VII le deja tranquilo; finalmente hace un esfuerzo, sitia y toma á Vernón. Pero 1154 cuando Enrique reaparece en Normandía, en abril de 1154, la muerte de Eustaquio de Boulogne había hecho de él el heredero designado de Esteban. Pasaba virtualmente á ser rey.

Luis VII olvidó su venganza y firmó la paz (agosto de 1154), dándose por dichoso de no ver en nada merados sus dominios. Restituyó las dos únicas fortalezas que había tomado, Vernón y Neufmarché, renunció á usar el título de duque de Aquitania y recibió una indemnización de 2.000 marcos. Cuatro meses después moría Esteban de Blois, y Enrique de Anjou, dueño de tres condados y de dos ducados, recibía á mayor abundamiento, en Westminster, la corona real de Guillermo *el Conquistador*. Al rey de París se oponía el rey de Inglaterra, señor de Angers, de Ruán y de Burdeos. Y este rey de veintidós años no era superior á Luis VII solamente por el poder: le era mil veces más superior por el espíritu político, el talento militar, la actividad y la energía.

Tenía el Plantagenet todas las felicidades. Le había nacido en 1153 un hijo, á quien tres otros siguieron de cerca (1). Los ingleses le consideraban como un salvador. Encontrando aniquilada la obra administrativa y política de Enrique I, tuvo Enrique II que reconsti-

(1) Enrique en 1155, Ricardo en 1157, Godofredo en 1158, sin contar una hija, Matilde, nacida en 1156.

tuir la sociedad y el gobierno. Desde 1154 á 1158 trabajó en ello sin descanso, activamente secundado por el arzobispo de Cantorbery, Teobaldo, y por dos consejeros íntimos, Ricardo de Luci y Tomás Becket. Este último, hijo de un rico comerciante de Londres, archidiacono de Cantorbery, clérigo de grandes vuelos, hermoso, espiritual y elocuente, era su amigo del alma, el compañero preferido de sus placeres y de sus trabajos. Se hizo rápidamente canceller; es decir, el primero de los funcionarios de palacio, encargado sobre todo de



Sello de Luis VII como duque de Aquitania

los nombramientos eclesiásticos y de las relaciones con el continente.

Cuatro años bastaron á Enrique para limpiar la isla de los vagabundos que la guerra civil había hecho abundantes en ella; demoler las fortalezas levantadas por los nobles, reconquistar los bienes y los castillos de la corona que los particulares se habían atribuido y reorganizar la corte del rey y el tribunal del fisco. Fué necesario reducir por la fuerza á algunos altos barones, le conde de Aumale, Roger de Hereford y Hugo Mortimer. Pero tamañas ejecuciones no asustaron á la pública opinión, que deseaba un poder fuerte. El angevino, para no inquietar á sus súbditos, había concedido, desde su advenimiento al trono, «la confirmación de todas las libertades y costumbres de que habían disfrutado hasta los tiempos de Enrique I,» promesa vaga y que no debía llevarse á la práctica.

Enrique tenía necesidad de los recursos de todo su reino. Quería, antes que nada, someter la isla entera, domando las tribus medio salvajes del país de Gales y haciendo del rey de Escocia un tributario y un obediente vasallo. Estaba decidido á conquistar la Islandia céltica. En el continente le pertenecía el Oeste de la Francia, desde el Somma hasta los Pirineos, salvo la Península Bretona. Esta salvedad tenía que desaparecer: era lógico que todas las bocas de río y todos los puertos de la Mancha y el Atlántico estuvieran sometidos al señor de las costas inglesas. Por otra parte, el ducado de Normandía era una propiedad incompleta, mientras que Gisors y el Vexin, la Marca Normanda, continuasen en poder del rey de Francia. Como duque de Aquitania